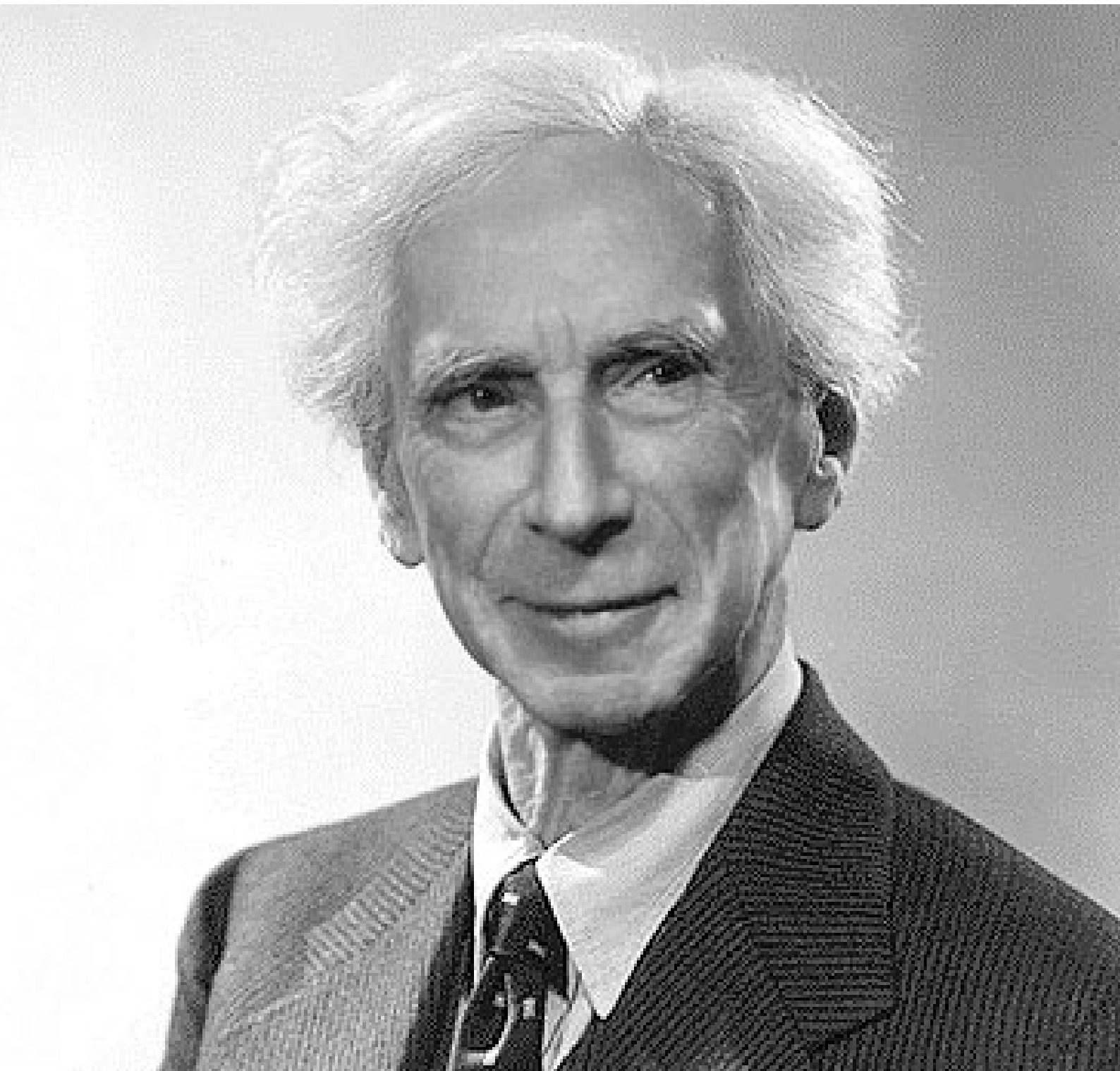


Russell

Enrique Casanovas



Capítulo 1

Cierta vez le hicieron a Borges la "pregunta de Robinson Crusoe": qué libro llevaría consigo a una isla desierta.

El gran escritor argentino (que algo había leído, por cierto) respondió sin dudar: la Historia de la Filosofía Occidental, de Bertrand Russell. Al enterarme de esto y como estaba estudiando inglés, aproveché para encargarme el libro en su versión original.

Fue un gran acierto. Se trata de un libro escrito en un inglés tan claro que resulta ideal para un aprendiz. Además es un libro extraordinario, lleno de humor e ironía, con una cantidad impresionante de información. Y, lo que es tal vez más valioso, gran variedad de reflexiones del propio Russell acerca de cada tema tratado. En definitiva, una joya. Entre otras cosas por el amplio abanico de temas que trata.

Lo que destaco de la primera parte de esta obra, es el lugar que le otorga a Pitágoras en cuanto a su influencia sobre la filosofía griega. Creo que es muy original este enfoque, ya que los manuales de filosofía, habitualmente, suelen dejarlo de lado. Para Russell, Pitágoras, curiosa mezcla de matemático y místico, contribuyó a fijar el carácter de toda la filosofía posterior. En efecto, si tenemos en cuenta lo que los filósofos han perseguido con ahínco desde Platón en adelante, veremos que LA CERTEZA ocupa el lugar central. Cuando Sócrates vaga por las calles de Atenas indagando a las gentes acerca de sus diferentes saberes, lo que está buscando, en realidad, no es enterarse de esos saberes, sino ponerles de manifiesto a sus interlocutores la falta de certeza acerca de aquello que creen saber.

Y, solo por dar un ejemplo, cuando muchos siglos después, Descartes inventa la duda metódica, ¿qué es lo que busca sino esa misma certeza? Ese énfasis en buscar la certidumbre sería, según Russell, una consecuencia del pensamiento de Pitágoras, que había creído dar con ella a través de las matemáticas y dejado a sus sucesores, la tarea de seguir por ese camino de rigor lógico, despreciando el mundo de las apariencias.

¿Algún parecido con Platón? ¡Claro! tres de las piedras angulares del pensamiento platónico se encuentran ya en Pitágoras un siglo antes, a saber:

El desdén por el mundo de las apariencias (que se traduce en un desdén por el método experimental), la creencia en la transmigración de las almas y por último, la fe en el poder de las matemáticas para brindarnos un saber verdadero.

Y si tenemos en cuenta que Platón es, probablemente, la figura más influyente en la historia de la filosofía, podemos entender por qué Russell dice que Pitágoras puede ser considerado una de las figuras clave en la filosofía occidental.

En otro capítulo, dedicado a la filosofía cristiana, trata del origen del monoteísmo. Como sabemos, la idea de que existe solo un Dios verdadero, es de origen judío. Con respecto a esto, Russell destaca que cuando se investigan los hechos históricos a los que alude el Antiguo Testamento, resulta que el Cautiverio de Babilonia resultó decisivo para la conformación de esta idea.

Según Russell los profetas que regresaron a Jerusalén luego de esa deportación lo hicieron con una mentalidad radicalizada. Yahvé era el dios supremo, de eso no hay ninguna duda, pero en Jerusalén se rindía culto a otros dioses tribales. Pero luego del Cautiverio de Babilonia los profetas ya no estaban dispuestos a tolerar semejante idolatría. Crearon la idea de que había existido un pasado de rigor religioso y que su pérdida habría acarreado todos los males del pueblo judío. Pero, al parecer, no hay evidencia histórica que apoye esta pretensión, fuera del Antiguo Testamento.

Así, para Russell, los profetas fueron, en gran medida, INNOVADORES de su religión que lograron presentarse a sí mismos como restauradores de un orden que, en realidad, nunca habría existido. El celo monoteísta, así como la oposición a los matrimonios mixtos, habrían aparecido solo DESPUÉS del Cautiverio Babilónico, sin antecedentes históricos concretos. Es como si dicho cautiverio hubiera servido de catalizador de una postura más ortodoxa, sin la cual el monoteísmo nunca se hubiera impuesto entre el pueblo hebreo para luego convertirse en una parte inalienable del cristianismo y del Islam.

En fin, son opiniones, tal vez debatibles, pero que traigo a colación para mostrar el amplio arco temático de esta obra.

Como una digresión, quiero recordar lo que el escritor argentino Adolfo Bioy Casares, gran amigo de Borges, sostenía acerca de las religiones. Opinaba que una religión, para ser prestigiosa, debía ser monoteísta; pero para ser popular, debía ser politeísta. De ser así, el catolicismo tendría asegurada su prevalencia sobre el protestantismo porque con sus muchos santos, sus versiones "vernáculos" de la Virgen y sus ángeles, daría satisfacción al deseo popular de contar con "dioses secundarios" a los que acudir ante problemas personales.

A mi modo de ver, Russell intenta relacionar cada corriente intelectual con los hechos históricos concretos de la época en que se generaron.

Saltando varios capítulos, me impresionó el dedicado al romanticismo. Es increíble cómo un libro escrito en las postrimerías de la segunda guerra mundial pudo prefigurar lo que pasaría después, durante la llamada guerra fría.

En especial, en qué forma el romanticismo iba a influir en los movimientos revolucionarios.

Habla de Jean-Jacques Rousseau, de cómo su visión influyó en lo que luego se llamaría romanticismo. Para Rousseau lo importante en la vida no es lo racional, sino lo pasional. Incluso la verdad deja de ser el criterio primordial: lo importante es vivir según nuestros impulsos más profundos.

El problema con esta postura, señala Russell, es que parece olvidar que entre nuestros humanos impulsos hay muchos que no por ser genuinos son positivos: la envidia, el egoísmo, la codicia, la ambición de poder, parecen enquistados en nuestra naturaleza humana.

¿No hay que ponerles un límite?

Para Rousseau, no: la civilización corrompe la naturaleza esencialmente buena del ser humano.

Esta postura filosófica influirá enormemente sobre los acontecimientos de la época. ¿Cuánto? Es difícil saberlo, pero los revolucionarios de 1789, en Francia, estaban muy al tanto de sus escritos, su popularidad era tal que llegó a generar celos de su gran "rival ilustrado", Voltaire. Y si no pudo disfrutar de la caída de la monarquía fue solo porque había fallecido en 1778.

Lo que aprendí, en definitiva, es que lo que ocurre en la esfera social tiene antecedentes filosóficos concretos. Ahora bien, como el mismo Russell admite, no es que las concepciones filosóficas determinen los hechos históricos. Pero tampoco ocurre, como otros sostienen, que dichas concepciones son algo así como la espuma del río de la historia, para usar una metáfora.

No. Según Russell existe una relación positiva, aunque no perfecta, entre las concepciones filosóficas más populares en cierto momento histórico y los acontecimientos concretos. Si la obra de Rousseau llegó a ser tan popular, es porque había algo en el espíritu de la época, en el "Zeitgeist", para usar la expresión alemana, que la estaba esperando. De lo contrario, hubiera quedado relegada al olvido.

Pero esa obra, a su vez, termina potenciando la tendencia que la prohió, en una suerte de retroalimentación positiva que influirá, a la postre, en los

sucesos de la época.

Si tuviera que criticar algo en Russell sería su tendencia a ver sólo los aspectos negativos de ciertos autores; me refiero, en particular, a sus opiniones sobre Nietzsche. Es verdad que los nazis usaron su figura del "superhombre" y su relación con Wagner para hacerlo aparecer como un nazi "avant la lettre". Pero fue justamente así, lo usaron. Me extrañó que Russell no haya hablado de la traumática ruptura del filósofo con el círculo antisemita wagneriano tras la aparición de "Humano, demasiado humano". Pero, recordemos que Russell escribía en medio de la Segunda Guerra Mundial, lo que no habrá favorecido su ecuanimidad en este tema en particular.

Por otra parte, Russell fue el primer autor (fuera de Popper) que se atrevió a desafiar a la omnipotente figura de Platón. Sostiene que Platón supo disimular, recurriendo a metáforas, sus ideales políticos nada democráticos.

Dice que al proponer una sociedad ordenada por castas, en la que los filósofos ocuparían un lugar privilegiado, no hace otra cosa que legitimar, desde lo intelectual, el proyecto oligárquico de Los Treinta Tiranos.

Compara al Alcibíades platónico con el Alcibíades histórico.

¿Sabían los lectores que el florecimiento intelectual de Atenas fue posible por la bonanza económica derivada de la explotación esclavista de las minas de Laurión?

¿Y que el Alcibíades histórico, desilusionado con su polis, se pasó al bando contrario, al de Esparta, y aconsejó a los espartanos ocupar dichas minas para así debilitar económicamente a Atenas? ¡Lo que se dice un verdadero traidor!

¿Y Platón? ¿Cuál sería su posición al respecto?

Según Russell, su República sería, en gran medida, un canto laudatorio hacia los vencedores lacedemonios (espartanos) ya que, según él, es evidente que gran parte de la educación que propone dicha obra, es un calco del sistema espartano.

No digo que alguien no pueda tener motivos para descreer de la democracia. Borges, tal vez el mayor escritor que ha dado la Argentina sostenía, polémicamente, que la democracia es un abuso de las estadísticas. Un pensamiento políticamente incorrecto pero, al menos, expresado sin tapujos. Lo que me parece mal en Platón no es tanto su postura, sino su intento de disfrazarla recurriendo a "velos metafísicos",

como dice Russell. Simplemente, no me parece intelectualmente honesto.

Y, hablando de Platón, Russell nos cuenta cuánto influyó sobre él la figura mítica de Licurgo. Este personaje, iba a ser decisivo para la concepción de la primera utopía conocida: La República de Platón.

Y a través de Plutarco y de sus "Vidas Paralelas", Licurgo influiría en la historia europea y mundial.

En general su influencia se debió a que la idealización de Licurgo, por parte de Plutarco, instauró la idea de que existiría un gobierno ideal. Sin embargo, como sostenía Popper, la promesa de un paraíso terrenal suele acarrear, a menudo, un infierno demasiado real.